

Alfons SKOWRONEK (dir.), *Martin Luther in ökumenischer Reflexion. Symposium zum 500. Geburtstag des Reformators, veranstaltet vom Lehrstuhl für ökumenische Theologie der Akademie für Katholische Theologie in Warszawa. 9.-10. November 1982*, Warsovia, Akademia Teologii Katolickiej, 1984, 170 pp., 14,5 x 20,5.

«Los días 10 y 11 de noviembre de 1982 (fecha que me parece más probable que la indicada en la portada), exactamente en el 499 cumpleaños de Martín Lutero —en el umbral, por tanto, del año conmemorativo de Lutero propiamente dicho— tuvo lugar de Warsovia un simposio bajo el lema: *Martin Lutero en reflexión ecuménica*» (p. 7). Lo primero que llama la atención de este encuentro calificado de «internacional» y «ecuménico» —cuyas actas se publican en el presente libro en lengua alemana— es el hecho de que las ponencias corrieron, casi todas, a cargo de profesores alemanes de Teología católica. Los únicos polacos que intervinieron, fueron A. Skowronek, director del libro y profesor de Teología dogmática y ecuménica en Warsovia, así como J. Narzyński, Obispo de la Iglesia evangélica-augsburgiana en Polonia, cuya conferencia, sin embargo —como se indica en la presentación (p. 9)— no viene publicada. Por otra parte, hubo sólo otros dos ponentes protestantes: R. Slenczka de Erlangen y H. Thielicke de Hamburgo.

Franz-Peter Sonntag, profesor en Erfurt (RDA), en su ponencia «Lutero en óptica católica» (pp. 16-40), trata la historia de la investigación católica sobre Lutero, desde los famosos comentarios de Juan Cocleo —contemporáneo del reformador—, pasando por Denifle y Grisar, hasta la obra del gran historiador moderno de la reforma luterana, Joseph Lortz. Aunque la obra de éste supuso un cambio decisivo, por parte de los autores católicos, hacia una valoración más positiva, principalmente con respecto a la persona del reformador, el ponente no comparte la opinión de Lortz, según la cual «Lutero combatió en su interior un catolicismo que de hecho no era católico», es decir, la teología nominalista de Ockham (p. 33; cfr. p. 39).

En su ponencia «La valoración ecuménica de la teología de Martín Lutero» (pp. 41-64), Heinz Schütte, profesor en Colonia y Paderborn, rebasa ya el ámbito puramente histórico y se adentra en la teología de Martín Lutero. Después de describir, en un primer apartado, cómo historiadores y teólogos católicos, e incluso el mismo Magisterio de la Iglesia, adoptan hoy en día una postura más positiva con respecto a Lutero, el ponente pasa a señalar una serie de ejemplos, donde —según su opinión— el reformador defendía enseñanzas auténticamente católicas. Es en este contexto, y más en concreto al hablar del carácter teocéntrico de la teología de Lutero, donde se citan unas palabras del Cardenal Willebrands, pronunciadas en 1970 delante de la Asamblea plenaria de la Federación luterana mundial, y en las que el Presidente del Secretariado para la unión de los cristianos afirmaba que el reformador «podrá ser para nosotros maestro común (gemeinsamer Lehrer) en este punto, en que Dios debe permanecer

siempre el Señor, y que nuestra respuesta humana más importante ha de ser siempre una confianza absoluta y la adoración de Dios» (citado en p. 47 s). Si me detengo tanto en esta cita es porque a lo largo de las diferentes intervenciones vuelve a aparecer, una y otra vez, sacada con frecuencia fuera de su contexto y empleada no pocas veces en el sentido técnico de *Doctor communis*, cosa bien ajena a la intención del Cardenal Willebrands. Schütte termina su ponencia señalando una serie de afirmaciones problemáticas del reformador, opinando que éstas, en su mayoría, se podrán resolver teniendo en cuenta la intención de Lutero, así como la estructura dialéctica de su pensamiento.

Otto Hermann Pesch, teólogo católico y profesor de la Facultad de Teología protestante de Hamburgo, en su ponencia «Acerca del actual encuentro católico con Martín Lutero» (pp. 65-87), parte de la base de que para aquellos católicos —pocos todavía, pero representativos— que realmente conocen a Lutero, éste ha dejado de ser el «príncipe de los herejes», para convertirse en «doctor común» —aquí y abiertamente en p. 85, al compararlo con Santo Tomás, se abusa de las palabras del Cardenal Willebrands—, más aún, en «Padre en la fe», según expresión de Peter Manns (cfr. p. 65 s). Para ilustrar el alcance de este cambio, expone como un ejemplo entre muchos la conocida fórmula de Lutero, según la cual el cristiano justificado es «*simul iustus et peccator*», opinando que se trata no sólo de una posible tesis católica, sino quizá incluso de una parte olvidada de la tradición católica (cfr. p. 66). En resumidas cuentas, las diferencias entre el pensamiento luterano y el católico se reducen a cuestiones de escuelas teológicas diferentes (cfr. p. 83 s).

Reinhard Slenczka, teólogo protestante de Erlangen, dedica su ponencia al tema: «Lutero y la catolicidad de la Iglesia» (pp. 88-109), queriendo indicar con ello que Lutero no era ni cismático (Kirchenspalter) ni fundador de una iglesia (Kirchengründer), sino que siempre se consideraba a sí mismo como miembro de la única «ecclesia catholica». Con razón, el ponente subraya la unicidad de la verdadera Iglesia de Cristo, así como su carácter eminentemente sobrenatural; sin embargo, fiel a los principios luteranos, no logra entender la necesidad de estar en comunión con la cabeza visible de la Iglesia, que es el Romano Pontífice.

Johannes Brosseder, teólogo católico de Bonn, en su ponencia «La relevancia ecuménica de la teología de Martín Lutero para la teología y la Iglesia católicas» (pp. 110-121), defiende la tesis de que Lutero, en contra de la teología católica del siglo XVI, no sólo conservó la doctrina genuinamente católica, sino que debe ser considerado como precursor del Vaticano II, superándolo incluso en algunos aspectos que este último Concilio no ha podido realizar todavía. Finalmente, compara el pluralismo teológico de los diversos hagiógrafos en la Sagrada Escritura —que, a pesar de ello, constituye una unidad dinámica— con el pluralismo doctrinal que existe entre las diferentes confesiones cristianas, para concluir que este último tampoco debería ser un obstáculo para la unidad de la Iglesia, sino que sería más bien un enriquecimiento para ella.

Alfons Skowronek, anfitrión del simposio y editor de sus actas, trata

de un aspecto puntual, pero importante de la reforma luterana: «La Cena del Señor según Martín Lutero» (pp. 122-130). En un breve resumen tanto histórico como sistemático de las afirmaciones del reformador al respecto, el ponente distingue cuatro periodos en el pensamiento de Lutero, señalando —en el segundo de ellos— su vehemente lucha contra la Misa concebida como sacrificio. Como no comprendió el verdadero sentido católico de la expresión *opus operatum*, «Lutero luchaba contra algo que la teología católica no enseñaba» (p. 125). El ponente recomienda, por otra parte, proceder con cautela a la hora de atribuir al reformador la teoría de la impanación (cfr. p. 126). Finalmente piensa que «no existen diferencias fundamentales entre la doctrina eucarística católica y las respectivas opiniones de Lutero» (p. 128), lo cual vendría demostrado por el hecho de que en el diálogo ecuménico actual se hayan acercado las posiciones entre católicos y luteranos precisamente con respecto al carácter sacrificial de la Misa.

Gerhard Sauter (Bonn) que dedica su ponencia a «La antropología de Martín Lutero» (pp. 131-152), opina que Lutero no es, como se ha dicho con frecuencia, el precursor del subjetivismo antropológico de la Ilustración, sino que según él «lo que el hombre es, proviene del obrar de Dios» (p. 146). Para entender rectamente el pensamiento del reformador, habría que tener en cuenta que su teología tiene estructura de oración: «*nostrum agere est pati operantem in nobis Deum*» (p. 148, n. 23).

Helmut Thielicke, teólogo protestante de Hamburgo, plantea en su ponencia «Problemas no resueltos de la reforma» (pp. 153-170) una cuestión que él mismo califica de «autocrítica» y que se refiere a la posibilidad del obrar cristiano en el mundo, si las obras —según Lutero— no importan. Según la ética reformadora, Dios no nos da normas concretas para el obrar, sino sólo el norte hacia donde tenemos que orientarlo: la caridad (cfr. p. 158). Si Lutero tiene el mérito de haber curado el corazón del hombre, liberándolo del egocentrismo, los problemas aun no resueltos consistirían en curar todo el cuerpo de la sociedad humana.

Alemania, de donde —como quedó dicho— procede la casi totalidad de los ponentes de este simposio, no es sólo el país donde se produjo aquella tremenda ruptura de la Iglesia, sino que es también aquella nación europea que más que ninguna otra sigue sufriendo sus consecuencias, particularmente en el ámbito pastoral. Este hecho explica, a mi modo de ver, el decidido espíritu ecuménico que indudablemente anima a los ponentes de este simposio. Sin embargo, el apremiante problema de la división confesional no nos debería hacer olvidar aquel principio expuesto por el Vaticano II, según el cual «la acción ecuménica de los fieles tiene que ser plena y sinceramente católica, es decir, fiel a la verdad que recibimos de los Apóstoles y de los Padres, y conforme a la fe que siempre ha profesado la Iglesia católica» (Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 24).

Klaus LIMBURG